



CON PEDRO Y PABLO SIGUIENDO AL MAESTRO

Camino de oración en preparación para el Jubileo



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO

En la portada:

“Los Santos Pedro y Pablo, columnas de la Iglesia”

Massimo Tellan Roma, 2010

Témpera sobre madera, 60x90 cm

Imágenes y textos de Massimo Tellan y Giulio Giuseppe Villa

INTRODUCCIÓN

A la tentación de permanecer enredados en los engranajes frenéticos de la sociedad contemporánea, que quiere transformar al hombre en un vagabundo en el tiempo, en lugar de ser un peregrino en la historia, no escapa nadie, y mucho menos nosotros, los sacerdotes. Ocupados en mil cosas “que hacer”, corremos el riesgo de olvidar lo que somos: discípulos siguiendo al Maestro, testigos de la esperanza que no defrauda. Hombres elegidos y llamados a estar con Él, para ser enviados al mundo a llevar la buena nueva del Evangelio (*cf.* *Mc 3, 13-16a*); hombres elegidos entre los hombres y constituidos, en favor de los hombres, en las cosas que conciernen a Dios (*cf.* *Heb 5, 1*).

El camino que se propone aquí hacia la celebración de nuestro Jubileo sacerdotal - con ocasión de la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús en junio de 2025 - es una oportunidad para volver al principio y fundamento de lo que somos para el Señor y, con Él, para el pueblo de Dios al que somos enviados. Es un camino celebrativo compuesto por cuatro momentos o etapas siguiendo al Maestro, como los apóstoles Pedro y Pablo. Por tanto, siguiendo las huellas dejadas por la vida de estos hombres extraordinarios que son las “columnas de la Iglesia” y a la luz del magisterio, recorreremos la vocación, la profesión de fe, las pruebas y la vida de testimonio que constituyen la vida de todos los que son llamados al ministerio presbital.

Este subsidio es un instrumento al servicio de los presbíteros diocesanos, que pueden reunirse con su obispo en celebraciones comunitarias, aprovechando la globalidad de los signos propuestos, pero también individualmente para cada presbítero como momento de reflexión y de oración personal. Como todos los instrumentos, puede ser adaptado, integrado y reelaborado según las necesidades y la sensibilidad de cada comunidad eclesial.

Con la esperanza de haber elaborado una ayuda concreta para todos y cada uno, caminamos juntos hacia la celebración jubilar en la que renovaremos nuestras promesas sacerdotales, seguros de haber sido elegidos para “ser aquellos que han puesto su esperanza en Cristo, para alabanza de su gloria” (*Ef 1,12*).

La llamada 5

La profesión de fe 19

La prueba 35

El testimonio 47

La llamada



Canto

Introducción

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Amén.

La paz, la caridad y la fe, de parte de Dios Padre, y de Jesucristo, el Señor, estén con todos vosotros.

Y con tu espíritu.

Abramos nuestro corazón a la esperanza que no defrauda.

**Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de *caridad*
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada *esperanza*
en la venida de tu Reino.
Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.
La gracia del Jubileo
reavive en nosotros, *Peregrinos de Esperanza*,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz de nuestro Redentor.
A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.
Amén**

Queridos hermanos:

En este año de preparación para el jubileo de los sacerdotes, caminemos también nosotros como peregrinos de esperanza, en oración, siguiendo las huellas de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

Volvamos a las raíces de nuestra vocación, renovando nuestra adhesión al Señor, pidiendo perdón por todas nuestras debilidades en las pruebas, para que podamos dar testimonio, con renovado vigor, de nuestro Maestro y Señor, única esperanza del mundo. En fraternidad sacerdotal, pidamos perdón juntos, ayudándonos recíprocamente en nuestras pequeñas y grandes infidelidades al amor a Dios y al prójimo.

Breve pausa de silencio

Señor, Tú que ofreciste el perdón a Pedro arrepentido, ten piedad de nosotros.

Kyrie eleison

Cristo, Tú que hiciste de Pablo un instrumento elegido, ten piedad de nosotros.

Christe eleison

Señor, Tú que hiciste de los apóstoles Pedro y Pablo las columnas de la fe, ten piedad de nosotros.

Kyrie eleison

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Amén

Colecta

Oremos.

Padre santo, que sin ningún mérito de nuestra parte nos has llamado a la comunión con el sacerdocio eterno de tu Cristo y al servicio de tu Iglesia, concédenos ser apacibles pero valientes anunciadores del Evangelio y fieles administradores de tus misterios. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que es Dios y vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

Amén

Lectura de los Hechos de los Apóstoles.....22,6-16

Yendo de camino, cerca ya de Damasco, hacia mediodía, de repente una gran luz del

cielo me envolvió con su resplandor; caí por tierra y oí una voz que me decía: ‘Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?’. Yo pregunté: ‘¿Quién eres, Señor?’. Y me dijo: ‘Yo soy Jesús el Nazareno a quien tú persigues’. Mis compañeros vieron el resplandor, pero no oyeron la voz que me hablaba. Yo pregunté: ‘¿Qué debo hacer, Señor?’. El Señor me respondió: ‘Levántate, continúa el camino hasta Damasco, y allí te dirán todo lo que está determinado que hagas’. Como yo no veía, cegado por el resplandor de aquella luz, mis compañeros me llevaron de la mano a Damasco.

Un cierto Ananías, hombre piadoso según la ley, recomendado por el testimonio de todos los judíos residentes en la ciudad, vino a verme, se puso a mi lado y me dijo: ‘Saúl, hermano, recobra la vista’. Inmediatamente recobré la vista y lo vi. Él me dijo: ‘El Dios de nuestros padres te ha elegido para que conozcas su voluntad, veas al Justo y escuches la voz de sus labios, porque vas a ser su testigo ante todos los hombres de lo que has visto y oído. Ahora, ¿qué te detiene? Levántate, recibe el bautismo y lava tus pecados invocando su nombre’.

Palabra de Dios.

Te alabamos, Señor.

SALMO RESPONSORIAL:..... *Sal 138 (139)*

R: Tú me has creado, Señor

Señor, tú me sondeas y me conoces.
Me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso. **R:**

Todas mis sendas te son familiares.
No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.
Me estrechas detrás y delante,
me cubres con tu palma. **R:**

Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco.

¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada? **R:**

Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro;
si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha. **R:**

Si digo: «Que al menos la tiniebla me encubra,
que la luz se haga noche en torno a mí»,
ni la tiniebla es oscura para ti,
la noche es clara como el día,
la tiniebla es como luz para ti. **R:**

Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias porque me has plasmado portentosamente,
porque son admirables tus obras:
Tú conocías hasta el fondo de mi alma. **R:**

No desconocías mis huesos.
Cuando, en lo oculto, me iba formando,
y entretejiendo en lo profundo de la tierra. **R:**

Tus ojos veían mi ser aún informe,
todos mis días estaban escritos en tu libro,
estaban calculados antes que llegase el primero. **R:**

¡Qué incomparables encuentro tus designios,
Dios mío, qué inmenso es su conjunto!
Si me pongo a contarlos, son más que arena;
si los doy por terminados, aún me quedas tú. **R:**

Aclamación antes de la lectura del Evangelio:

Aleluya, aleluya.

No temas; desde ahora
serás pescador de hombres.

Aleluya.

Lectura del Evangelio según San Lucas 5:1-11

Una vez que la gente se agolpaba en torno a él para oír la palabra de Dios, estando él de pie junto al lago de Genesaret, vio dos barcas que estaban en la orilla; los pescadores, que habían desembarcado, estaban lavando las redes. Subiendo a una de las barcas, que era la de Simón, le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca». Respondió Simón y dijo: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes». Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse. Entonces hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador». Y es que el estupor se había apoderado de él y de los que estaban con él, por la redada de peces que habían recogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y Jesús dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres». Entonces sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

Palabra del Señor.

Gloria a ti, Señor Jesús.

Silencio de meditación

Oración coral:

Jesús, Divino Pastor,
que llamaste a los Apóstoles
para hacerlos pescadores de hombres,
atrae a Ti nuestros corazones ardientes y generosos
para hacernos tus discípulos y tus ministros.

Tú, Señor,
 siempre dispuesto a interceder por nosotros,
 descubre los horizontes del mundo entero,
 donde la muda súplica
 de tantos hermanos y hermanas
 pide la luz de la Fe y la bendición de la Esperanza.
 Haz que, respondiendo a tu llamada,
 seamos sal de la tierra y luz del mundo,
 para anunciar la vida buena del Evangelio.
 Extiende, Señor, tu amorosa llamada
 a muchos corazones disponibles y generosos;
 infunde en todos el ansia de la perfección evangélica
 y la dedicación al servicio de la Iglesia y de los hermanos.

Amén

(Tomado de una reelaboración del primer Radiomensaje de
 San Pablo VI – JMOV 1964)

Tomado de *Pastores dabo vobis*

“Venid y lo veréis” (Jn 1, 39). De esta manera responde Jesús a los dos discípulos de Juan el Bautista, que le preguntaban donde vivía. En estas palabras encontramos el significado de la vocación. La Iglesia, como comunidad de los discípulos de Jesús, está llamada a fijar su mirada en esta escena que, de alguna manera, se renueva continuamente en la historia. Se le invita a profundizar el sentido original y personal de la vocación al seguimiento de Cristo en el ministerio sacerdotal y el vínculo inseparable entre la gracia divina y la responsabilidad humana contenido y revelado en esas dos palabras que tantas veces encontramos en el Evangelio: ven y sígueme (cf. Mt 19, 21). Se le invita a interpretar y recorrer el dinamismo propio de la vocación, su desarrollo gradual y concreto en las fases del buscar a Jesús, seguirlo y permanecer con Él.

La dimensión vocacional es esencial y connatural a la pastoral de la Iglesia. La razón se encuentra en el hecho de que la vocación define, en cierto sentido, el ser profundo de la Iglesia, incluso antes que su actuar. En el mismo vocablo de Iglesia (Ecclesia) se indica su fisonomía vocacional íntima, porque es verdaderamente “convocatoria”, esto es, asamblea de los llamados: “Dios ha convocado la asamblea de aquellos que miran en la fe a Jesús, autor de la salvación y principio de unidad y de paz, y así ha constituido la Iglesia,

para que sea para todos y para cada uno el sacramento visible de esta unidad salvífica”. La historia de toda vocación sacerdotal, como también de toda vocación cristiana, es la historia de un inefable diálogo entre Dios y el hombre, entre el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde a Dios en el amor. Estos dos aspectos inseparables de la vocación, el don gratuito de Dios y la libertad responsable del hombre, aparecen de manera clara y eficaz en las brevísimas palabras con las que el evangelista san Marcos presenta la vocación de los doce: Jesús “subió a un monte, y llamando a los que quiso, vinieron a él” (3, 13). Por un lado, está la decisión absolutamente libre de Jesús y, por otro, el “venir” de los doce, o sea, el “seguir” a Jesús. Éste es el modelo constante, el elemento imprescindible de toda vocación; la de los profetas, apóstoles, sacerdotes, religiosos, fieles laicos, la de toda persona. Ciertamente la vocación es un misterio inescrutable que implica la relación que Dios establece con el hombre, como ser único e irrepetible, un misterio percibido y sentido como una llamada que espera una respuesta en lo profundo de la conciencia, esto es, en aquel “sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en la propia intimidad”. Pero esto no elimina la dimensión comunitaria y, más en concreto, eclesial de la vocación: la Iglesia está realmente presente y operante en la vocación de cada sacerdote.

La Iglesia debe acoger cada día la invitación persuasiva y exigente de Jesús, que nos pide que “roguemos al dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt 9, 38). Obedeciendo al mandato de Cristo, la Iglesia hace, antes que nada, una humilde profesión de fe, pues al rogar por las vocaciones —mientras toma conciencia de su gran urgencia para su vida y misión— reconoce que son un don de Dios y, como tal, hay que pedirlo con súplica incesante y confiada.

(Pastores dabo vobis 34-38)

Canto

Oración coral:

Se busca para la Iglesia
un sacerdote capaz de renacer
en el Espíritu cada día.

Se busca para la Iglesia un hombre
sin miedo del mañana,

sin miedo del hoy,
sin complejos del pasado.

Se busca para la Iglesia un hombre
que no tenga miedo de cambiar,
que no cambie por cambiar,
que no hable por hablar.

Se busca para la Iglesia un hombre
capaz de vivir junto a los demás,
de trabajar junto a los demás,
de llorar junto a los demás,
de reír junto a los demás,
de amar junto a los demás,
de soñar junto a los demás.

Se busca para la Iglesia un hombre
capaz de perder sin sentirse destruido,
de cuestionar sin perder la fe,
de llevar la paz donde hay inquietud
e inquietud donde hay paz.

Se busca para la Iglesia un hombre
que sepa usar las manos para bendecir
e indicar el camino a seguir.

Se busca para la Iglesia un hombre
sin muchos medios,
pero con mucho por hacer,
un hombre que en las crisis
no busque otro trabajo,
sino cómo trabajar mejor.

Se busca para la Iglesia un hombre
que encuentre su libertad

en vivir y servir
y no en hacer lo que quiere.

Se busca para la Iglesia un hombre
que tenga nostalgia de Dios,
que tenga nostalgia de la Iglesia,
nostalgia de la gente,
nostalgia de la pobreza de Jesús,
nostalgia de la obediencia de Jesús.

Se busca para la Iglesia un hombre
que no confunda la oración
con las palabras que se dicen por costumbre,
la espiritualidad con el sentimentalismo,
la llamada con el interés,
el servicio con la colocación.

Se busca para la Iglesia un hombre
capaz de morir por ella,
pero aún más capaz de vivir para la Iglesia;
un hombre capaz de ser ministro de Cristo,
profeta de Dios, un hombre que hable con su vida.

(padre Primo Mazzolari)

Tomado de algunos textos del beato Pino Puglisi:

“Necesitamos vocaciones al servicio de la comunicación, al servicio del anuncio, al servicio misionero, al servicio sociosanitario, al servicio de los pobres y de los discapacitados, de los marginados y de los drogadictos, de los presos y de los que han salido de la cárcel, de los jóvenes y de los ancianos, de los trabajadores y de los desempleados, vocaciones al servicio político y administrativo. Pero, ante todo, necesitamos personas que se pongan al servicio de las vocaciones, es decir, personas que estén al servicio de los hermanos, poniéndose junto a cada uno en un camino gradual de discernimiento. Personas que para ello den indicaciones, a la luz de la Palabra de Dios, para que cada uno comprenda cuál es su vocación y qué servicio debe prestar”. “El mayor bien que cada uno de nosotros puede hacer al hermano es ayudarlo a descubrir y luego a seguir su vocación, es decir, ayudarlo

a comprender cuál es el proyecto de Dios para él y a realizarlo”. “Todos somos como el único rostro de Cristo. Pensemos en el mosaico de Jesús que se puede ver en la Catedral de Monreale. Cada uno de nosotros es como una pieza de este gran mosaico. Todos debemos comprender cuál es nuestro lugar. Y también debemos ayudar a los demás a comprender cuál es el suyo, para que se forme el único rostro de Cristo, resplandeciente en su gloria”.

Silencio de meditación

Signo:

Presidente: Queridos hermanos:

Nuestra vocación ministerial tiene sus raíces en la llamada común a la santidad del pueblo de Dios, recibida con el bautismo. Hemos sido elegidos entre los hombres y constituidos sacerdotes para los hombres en las cosas que conciernen a Dios (cfr. Heb 5,1). Ahora, conscientes de este don y preparándonos para nuestro jubileo, queremos renovar la gracia por medio de la cual entramos a formar parte del pueblo real, profético y sacerdotal, prometiendo servirle con toda nuestra vida.

Por tanto, oremos humildemente a Dios, nuestro Padre, para que bendiga esta agua con la cual seremos asperjados en recuerdo de nuestro Bautismo. El Señor renueve nuestra vida y nos haga siempre fieles al don del Espíritu Santo para que, con los diversos carismas, podamos edificar la única Iglesia.

Te alabamos, oh Dios creador,
que por el agua y el Espíritu
diste forma y rostro al hombre y al universo.

Gloria a ti, Señor.

Te bendecimos, oh Cristo,
que de tu costado abierto en la cruz,
hiciste brotar los sacramentos de nuestra salvación.

Gloria a ti, Señor.

Te glorificamos, oh Espíritu Santo,
que del seno bautismal de la Iglesia
nos hiciste renacer como nuevas criaturas.

Gloria a ti, Señor.

Dios todopoderoso,
que en los santos signos de nuestra fe
renuevas los prodigios de la creación y de la redención,
bendice ✠ esta agua
y haz que todos los que han renacido con el Bautismo
sean anunciadores y testigos de la Pascua
que siempre se renueva en tu Iglesia.
Por Cristo nuestro Señor.

Asamblea: Amén.

(Luego, el presidente se asperge y asperge a la asamblea)

Presidente: Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha liberado del pecado y nos ha hecho renacer por medio del agua y del Espíritu Santo, nos guarde con su gracia para la vida eterna, por Jesucristo nuestro Señor.

Asamblea: Amén

HOMILÍA DEL PRESIDENTE

Oración universal

Presidente: Queridos hermanos, dirijamos nuestras intenciones de oración al Señor, seguros de su infinita misericordia al habernos llamado a seguirlo.

Lector: Oremos juntos diciendo: **Escucha, Maestro, nuestra oración.**

1. Por la Iglesia, para que redescubra continuamente la infinita riqueza del sacerdocio común recibido con el Bautismo y lo valore para que, en la variedad de carismas y ministerios, crezca la unidad del cuerpo místico de Cristo. Oremos.
2. Por la sociedad civil y quienes están llamados a gobernarla, para que se ponga en el centro el respeto por cada persona, el cuidado y la promoción de la vida, de modo que se ofrezca una mirada de atención y cuidado por quienes son marginados, descartados y rechazados. Oremos.

3. Por las familias, para que en cada hogar se viva diariamente el amor recíproco que hace de ellas una Iglesia doméstica, para que sean tierra buena en la que crezca toda vocación al sacerdocio y a la vida consagrada. Oremos.
4. Por los jóvenes, para que, también en este tiempo, estén dispuestos y disponibles a escuchar y acoger la voz de Cristo que los llama a estar con Él para ofrecer al mundo el testimonio de una vida de entrega en el servicio y de entrega de sí mismos. Oremos.
5. Por los sacerdotes, para que el Espíritu del Señor, que los ha elegido entre los hombres para constituirlos a su favor en las cosas que conciernen a Dios, los plasme constantemente en la escuela del Maestro. Oremos.
6. Por los que sufren, para que la solicitud de la comunidad cristiana sea instrumento de la providencia del Padre que nunca deja solos a sus hijos. Oremos.
7. Por nosotros, aquí reunidos, para que este año de preparación con la oración para el próximo Jubileo sea una ocasión para confirmarnos en la vocación que hemos recibido, caminando con esperanza por los caminos que el Señor está trazando para Su Iglesia. Oremos.

Presidente: Oh Señor, fuente y guía de toda vocación, sostenenos con la fuerza de tu Espíritu y haz que, en las vicisitudes de los tiempos, nunca falten trabajadores para la mies del Padre. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Asamblea: Amén

Bendición

Dios, origen y guía de la Iglesia,
os proteja siempre con su gracia,
para que podáis cumplir fielmente vuestra misión.

Amén.

Os haga en el mundo siervos
y testigos de la verdad y del amor,
fieles ministros de la reconciliación.

Amén.

Os haga pastores auténticos,
que distribuyen el pan y la palabra de vida a los creyentes
para que crezcan cada vez más
en la unidad del cuerpo de Cristo.

Amén.

Y sobre todos vosotros, aquí presentes, descienda
la bendición de Dios todopoderoso,
Padre ✠ Hijo ✠ y Espíritu ✠ Santo.

Amén.

Glorificad al Señor con vuestra vida. Podéis ir en paz.

Demos gracias a Dios.

Canto final

La profesión de fe



Canto

Introducción

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Amén.

El Dios de la esperanza,
que nos llena de todo gozo y paz en la fe,
por la potencia del Espíritu Santo, esté con todos vosotros.

Y con tu espíritu.

Abramos nuestro corazón a la esperanza que no defrauda.

**Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de *caridad*
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada *esperanza*
en la venida de tu Reino.**

**Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada**

**de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.**

**La gracia del Jubileo
reavive en nosotros, *Peregrinos de Esperanza*,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz de nuestro Redentor.**

**A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.**

Amén

Queridos hermanos:

Caminando también nosotros como peregrinos de esperanza hacia el próximo jubileo, queremos seguir las huellas de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

Después de haber vuelto a las raíces de nuestra vocación ministerial, hoy queremos renovar la profesión de nuestra fe en Jesucristo, nuestro Maestro y redentor.

En fraternidad sacerdotal, pidamos juntos perdón al Señor, para que tenga misericordia de nosotros.

Breve pausa de silencio

Señor, Tú que no has venido a condenar sino a perdonar, Kýrie, eléison.

Kýrie, eléison.

Cristo, Tú que te alegras por cada pecador arrepentido, Christe, eléison.

Christe, eléison.

Señor, Tú que perdonas mucho a quien mucho ama, Kýrie, eléison.

Kýrie, eléison.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Amén.

Colecta

Oremos.

Señor Dios nuestro, que guías a tu pueblo mediante el ministerio de los sacerdotes, concédeles ser perseverantes en servir tu voluntad, para que en su ministerio y en su vida te den gloria en Cristo. Él es Dios y vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

Amén.

Lectura de la Carta a los Hebreos 11, 1-2.8-19

La fe es fundamento de lo que se espera, y garantía de lo que no se ve. Por ella son recordados los antiguos. Por la fe obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba. Por fe vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas, y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de

la misma promesa, mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios.

Por la fe también Sara, siendo estéril, obtuvo vigor para concebir cuando ya le había pasado la edad, porque consideró fiel al que se lo prometía. Y así, de un hombre, marcado ya por la muerte, nacieron hijos numerosos, como las estrellas del cielo y como la arena incontable de las playas.

Con fe murieron todos estos, sin haber recibido las promesas, sino viéndolas y saludándolas de lejos, confesando que eran huéspedes y peregrinos en la tierra. Es claro que los que así hablan están buscando una patria; pues si añoraban la patria de donde habían salido, estaban a tiempo para volver. Pero ellos ansiaban una patria mejor, la del cielo.

Por eso Dios no tiene reparo en llamarse su Dios: porque les tenía preparada una ciudad. Por la fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac: ofreció a su hijo único, el destinatario de la promesa, del cual le había dicho Dios: «Isaac continuará tu descendencia». Pero Abrahán pensó que Dios tiene poder hasta para resucitar de entre los muertos, de donde en cierto sentido recobró a Isaac.

Palabra de Dios.

Te alabamos, Señor.

SALMO RESPONSORIAL *Salmo 26 (27)*

R: El Señor es mi luz y mi salvación.

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar? **R:**

Una cosa pido al Señor,
eso buscaré:
habitar en la casa del Señor
por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor,
contemplando su templo. **R:**

Escúchame, Señor,
que te llamo; ten piedad, respóndeme.
Tu rostro buscaré, Señor.
No me escondas tu rostro. **R:**

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor. **R:**

Aclamación antes de la lectura del Evangelio Mt 16, 18

Aleluya, aleluya.

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra
edificaré mi Iglesia,
y el poder del infierno
no la derrotará.

Aleluya.

Lectura del Evangelio según San Mateo 16, 13-19

Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?». Ellos contestaron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas». Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Simón Pedro tomó la palabra y dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo».

Jesús le respondió: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos».

Palabra del Señor.

Gloria a ti, Señor Jesús.

Silencio de meditación

Oración coral:

Oh Cristo, nuestro único Mediador, Tú nos eres necesario
para vivir en Comunión con Dios Padre;
para convertirnos contigo, que eres su Hijo único
y Señor nuestro, en sus hijos adoptivos;
para ser regenerados en el Espíritu Santo.

Tú nos eres necesario,
oh sólo verdadero Maestro de la verdad recóndita
e indispensable de la vida,
para conocer nuestro ser y nuestro destino,
el camino para conseguirlo.

Tú nos eres necesario, oh Redentor nuestro,
para descubrir nuestra miseria y para curarla;
para tener el concepto del bien y el mal
y la esperanza de la santidad;
para deplorar nuestros pecados y para obtener el perdón.

Tú nos eres necesario, oh Hermano primogénito del género humano,
para reencontrar las verdaderas razones de la fraternidad entre los
hombres,
el fundamento de la justicia, los tesoros de la caridad,
el bien sumo de la paz.

Tú nos eres necesario, oh gran Paciente de nuestros dolores,
para conocer el sentido del sufrimiento
y para darle un valor
de expiación y de redención.

Tú nos eres necesario, oh Vencedor de la muerte,
para liberarnos de la desesperación y de las negaciones
y para tener la certeza que no traiciona por la eternidad.

**Juntos: Tú nos eres necesario, oh Cristo,
oh Señor, oh Dios con nosotros,
para aprender el amor verdadero**

**y para caminar en la alegría
y en la fuerza de Tu caridad
nuestro fatigoso camino,
hasta el encuentro final contigo el amado,
contigo el esperado,
contigo, bendito por los siglos de los siglos.
Amén**

(San Pablo VI, Carta pastoral a la Diócesis de Milán, 1955)

Tomado de *Pastores dabo vobis*

En el ejercicio de su misión profética, la Iglesia siente como urgente e irrenunciable el deber de anunciar y testimoniar el sentido cristiano de la vocación: lo que podríamos llamar “el Evangelio de la vocación”. También en este campo descubre la urgencia de las palabras del apóstol: “¡Ay de mí si no evangelizara!” (1 Cor 9, 16). Esta exclamación resuena principalmente para nosotros pastores y se refiere, juntamente con nosotros, a todos los educadores en la Iglesia. La predicación y la catequesis deben manifestar siempre su intrínseca dimensión vocacional: la Palabra de Dios ilumina a los creyentes para valorar la vida como respuesta a la llamada de Dios y los acompaña para acoger en la fe el don de la vocación personal. Pero todo esto, aun siendo importante y esencial, no basta. Es necesaria una “predicación directa sobre el misterio de la vocación en la Iglesia, sobre el valor del sacerdocio ministerial, sobre su urgente necesidad para el Pueblo de Dios”. Ha llegado el tiempo de hablar valientemente de la vida sacerdotal como de un valor inestimable y una forma espléndida y privilegiada de vida cristiana. Los educadores, especialmente los sacerdotes, no deben temer el proponer de modo explícito y firme la vocación al presbiterado como una posibilidad real para aquellos jóvenes que muestren tener los dones y las cualidades necesarias para ello. No hay que tener ningún miedo de condicionarles o limitar su libertad; al contrario, una propuesta concreta, hecha en el momento oportuno, puede ser decisiva para provocar en los jóvenes una respuesta libre y auténtica. Por lo demás, la historia de la Iglesia y la de tantas vocaciones sacerdotales, surgidas incluso en tierna edad, demuestran ampliamente el valor providencial de la cercanía y de la palabra de un sacerdote; no sólo de la palabra sino también de la cercanía, o sea, de un testimonio concreto y gozoso, capaz de motivar interrogantes y conducir a decisiones incluso definitivas.

(*Pastores dabo vobis* 39)

Silencio de meditación

Canto

Oración coral:

Oh Jesús, Eterno Sacerdote,
guarda a tus sacerdotes al abrigo
de tu Sagrado Corazón.

Guarda sin mancha sus manos consagradas,
que diariamente tocan tu Cuerpo Sagrado.
Conserva limpios sus labios,
teñidos diariamente con tu Preciosa Sangre.

Conserva puros y celestiales sus corazones,
marcados con Tu sello sublime del Sacerdocio.
Haz que crezcan en la fidelidad y en el amor por Ti
y presérvalos del contagio del mundo.

Con el poder de transformar el pan y el vino
dales también el de transformar los corazones.

Bendice sus labores con abundantes frutos
y dales un día la corona de la vida eterna.
Amén.

(Santa Teresa de Lisieux)

Homilía del Santo Padre Benedicto XVI en la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús (11 de junio de 2010)

El sacerdote no es simplemente alguien que detenta un oficio, como aquellos que toda sociedad necesita para que puedan cumplirse en ella ciertas funciones. Por el contrario, el sacerdote hace lo que ningún ser humano puede hacer por sí mismo: pronunciar en nombre de Cristo la palabra de absolución de nuestros pecados, cambiando así, a partir de Dios, la situación de nuestra vida. Pronuncia sobre las ofrendas del pan y el vino las palabras de acción de gracias de Cristo, que son palabras de transustanciación, palabras que lo hacen presente a Él mismo, el Resucitado, su Cuerpo y su Sangre, transformando así los elementos del mundo; son palabras que abren el

mundo a Dios y lo unen a Él. Por tanto, el sacerdocio no es un simple «oficio», sino un sacramento: Dios se vale de un hombre con sus limitaciones para estar, a través de él, presente entre los hombres y actuar en su favor. Esta audacia de Dios, que se abandona en las manos de seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar, esta audacia de Dios es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra «sacerdocio». Que Dios nos considere capaces de esto; que por eso llame a su servicio a hombres y, así, se una a ellos desde dentro, esto es lo que en este año hemos querido de nuevo considerar y comprender. Queríamos despertar la alegría de que Dios esté tan cerca de nosotros, y la gratitud por el hecho de que Él se confíe a nuestra debilidad; que Él nos guíe y nos ayude día tras día. Queríamos también, así, enseñar de nuevo a los jóvenes que esta vocación, esta comunión de servicio por Dios y con Dios, existe; más aún, que Dios está esperando nuestro «sí».

Celebramos la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y con la liturgia echamos una mirada, por así decirlo, dentro del corazón de Jesús, que al morir fue traspasado por la lanza del soldado romano. Sí, su corazón está abierto por nosotros y ante nosotros; y con esto nos ha abierto el corazón de Dios mismo. La liturgia interpreta para nosotros el lenguaje del corazón de Jesús, que habla sobre todo de Dios como pastor de los hombres, y así nos manifiesta el sacerdocio de Jesús, que está arraigado en lo íntimo de su corazón; de este modo, nos indica el perenne fundamento, así como el criterio válido de todo ministerio sacerdotal, que debe estar siempre anclado en el corazón de Jesús y ser vivido a partir de él.

El pastor muestra el camino correcto a quienes le están confiados. Los precede y guía. Digámoslo de otro modo: el Señor nos muestra cómo se realiza en modo justo nuestro ser hombres. Nos enseña el arte de ser persona. ¿Qué debo hacer para no arruinarme, para no desperdiciar mi vida con la falta de sentido? En efecto, ésta es la pregunta que todo hombre debe plantearse y que sirve para cualquier período de la vida. ¡Cuánta oscuridad hay alrededor de esta pregunta en nuestro tiempo! Siempre vuelve a nuestra mente la palabra de Jesús, que tenía compasión por los hombres, porque estaban como ovejas sin pastor. Señor, ten piedad también de nosotros. Muéstranos el camino. Sabemos por el Evangelio que Él es el camino. Vivir con Cristo, seguirlo, esto significa encontrar el sendero justo, para que nuestra vida tenga sentido y para que un día podamos decir: “Sí, vivir ha sido algo bueno”. El pueblo de Israel estaba y está agradecido a Dios, porque ha mostrado en los mandamientos el camino de la vida. El gran *Salmo* 119 (118) es una expresión de alegría por este hecho: nosotros no andamos a tientas en la oscuri-

dad. Dios nos ha mostrado cuál es el camino, cómo podemos caminar de manera justa. La vida de Jesús es una síntesis y un modelo vivo de lo que afirman los mandamientos. Así comprendemos que estas normas de Dios no son cadenas, sino el camino que Él nos indica. Podemos estar alegres por ellas y porque en Cristo están ante nosotros como una realidad vivida. Él mismo nos hace felices. Caminando junto a Cristo tenemos la experiencia de la alegría de la Revelación, y como sacerdotes debemos comunicar a la gente la alegría de que nos haya mostrado el camino justo de la vida.

Después viene una palabra referida a la “cañada oscura”, a través de la cual el Señor guía al hombre. El camino de cada uno de nosotros nos llevará un día a la cañada oscura de la muerte, a la que ninguno nos puede acompañar. Y Él estará allí. Cristo mismo ha descendido a la noche oscura de la muerte. Tampoco allí nos abandona. También allí nos guía. “Si me acuesto en el abismo, allí te encuentro”, dice el *Salmo* 139 (138). Sí, tú estás presente también en la última fatiga, y así el *Salmo* responsorial puede decir: también allí, en la cañada oscura, nada temo. Sin embargo, hablando de la cañada oscura, podemos pensar también en las cañadas oscuras de las tentaciones, del desaliento, de la prueba, que toda persona humana debe atravesar. También en estas cañadas tenebrosas de la vida Él está allí. Señor, en la oscuridad de la tentación, en las horas de la oscuridad, en que todas las luces parecen apagarse, muéstrame que tú estás allí. Ayúdanos a nosotros, sacerdotes, para que podamos estar junto a las personas que en esas noches oscuras nos han sido confiadas, para que podamos mostrarles tu luz.

“Tu vara y tu cayado me sosiegan”: el pastor necesita la vara contra las bestias salvajes que quieren atacar el rebaño; contra los salteadores que buscan su botín. Junto a la vara está el cayado, que sostiene y ayuda a atravesar los lugares difíciles. Las dos cosas entran dentro del ministerio de la Iglesia, del ministerio del sacerdote. También la Iglesia debe usar la vara del pastor, la vara con la que protege la fe contra los farsantes, contra las orientaciones que son, en realidad, desorientaciones. En efecto, el uso de la vara puede ser un servicio de amor. Hoy vemos que no se trata de amor, cuando se toleran comportamientos indignos de la vida sacerdotal. Como tampoco se trata de amor si se deja proliferar la herejía, la tergiversación y la destrucción de la fe, como si nosotros inventáramos la fe autónomamente. Como si ya no fuese un don de Dios, la perla preciosa que no dejamos que nos arranquen. Al mismo tiempo, sin embargo, la vara continuamente debe transformarse en el cayado del pastor, cayado que ayude a los hombres a poder caminar por senderos difíciles y seguir a Cristo.

Al final del *Salmo*, se habla de la mesa preparada, del perfume con que se unge la ca-

beza, de la copa que rebosa, del habitar en la casa del Señor. En el *Salmo*, esto muestra sobre todo la perspectiva del gozo por la fiesta de estar con Dios en el templo, de ser hospedados y servidos por él mismo, de poder habitar en su casa. Para nosotros, que rezamos este *Salmo* con Cristo y con su Cuerpo que es la Iglesia, esta perspectiva de esperanza ha adquirido una amplitud y profundidad todavía más grande. Vemos en estas palabras, por así decir, una anticipación profética del misterio de la Eucaristía, en la que Dios mismo nos invita y se nos ofrece como alimento, como aquel pan y aquel vino exquisito que son la única respuesta última al hambre y a la sed interior del hombre. ¿Cómo no alegrarnos de estar invitados cada día a la misma mesa de Dios y habitar en su casa? ¿Cómo no estar alegres por haber recibido de Él este mandato: “Haced esto en memoria mía”? Alegres porque Él nos ha permitido preparar la mesa de Dios para los hombres, de ofrecerles su Cuerpo y su Sangre, de ofrecerles el don precioso de su misma presencia. Sí, podemos rezar juntos con todo el corazón las palabras del *Salmo*: «Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida» (23 [22], 6).

Por último, veamos brevemente los dos cantos de comunión sugeridos hoy por la Iglesia en su liturgia. Ante todo, está la palabra con la que san Juan concluye el relato de la crucifixión de Jesús: “uno de los soldados con la lanza le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua” (*Jn* 19,34). El corazón de Jesús es traspasado por la lanza. Se abre, y se convierte en una fuente: el agua y la sangre que manan aluden a los dos sacramentos fundamentales de los que vive la Iglesia: el Bautismo y la Eucaristía. Del costado traspasado del Señor, de su corazón abierto, brota la fuente viva que mana a través de los siglos y edifica la Iglesia. El corazón abierto es fuente de un nuevo río de vida; en este contexto, Juan ciertamente ha pensado también en la profecía de Ezequiel, que ve manar del nuevo templo un río que proporciona fecundidad y vida (*Ez* 47): Jesús mismo es el nuevo templo, y su corazón abierto es la fuente de la que brota un río de vida nueva, que se nos comunica en el Bautismo y la Eucaristía.

La liturgia de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, sin embargo, prevé como canto de comunión otra palabra, afín a ésta, extraída del *evangelio de Juan*: “El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí que beba. Como dice la Escritura: De sus entrañas manarán torrentes de agua viva” (cfr. *Jn* 7,37s). En la fe bebemos, por así decir, del agua viva de la Palabra de Dios. Así, el creyente se convierte él mismo en una fuente, que da agua viva a la tierra reseca de la historia. Lo vemos en los santos. Lo vemos en María que, como gran mujer de fe y de amor, se ha convertido a lo largo de los siglos en fuente de fe, amor y vida. Cada cristiano y cada sacerdote

deberían transformarse, a partir de Cristo, en fuente que comunica vida a los demás. Deberíamos dar el agua de la vida a un mundo sediento. Señor, te damos gracias porque nos has abierto tu corazón; porque en tu muerte y resurrección te has convertido en fuente de vida. Haz que seamos personas vivas, vivas por tu fuente, y danos ser también nosotros fuente, de manera que podamos dar agua viva a nuestro tiempo. Te agradecemos la gracia del ministerio sacerdotal. Señor, bendícenos y bendice a todos los hombres de este tiempo que están sedientos y buscando. Amén.

Sul Silencio de meditación

Signo:

Presidente: Queridos hermanos:

Respondiendo a la llamada del Señor Jesús, hemos emprendido el camino de seguirlo y hemos prometido custodiar y transmitir fielmente nuestra fe. Esa fe simbolizada por la luz que nos fue dada el día de nuestro propio bautismo. El Señor resucitado, que nos eligió desde el seno materno, llamándonos primero a la existencia y después a seguirlo, es la luz del mundo que queremos difundir como “ciudad sobre el monte”.

Ahora, conscientes de este don y preparándonos para nuestro jubileo, queremos recibir nuevamente esta luz y renovar nuestra profesión de fe, las promesas bautismales, mediante las cuales nos hemos adherido a Cristo Señor.

Se encienden las velas con el cirio pascual y se distribuyen a los presbíteros presentes. Luego, el presidente invita a la profesión de fe con las promesas bautismales. Todos se ponen de pie

¿Renunciáis al pecado para vivir en la libertad de los hijos de Dios?

Sí, renuncio.

¿Renunciáis a todas las seducciones del mal, para que no domine en vosotros el pecado?

Sí, renuncio.

¿Renunciáis a Satanás, padre y príncipe del pecado?

Sí, renuncio.

¿Creéis en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?
SÍ, CREO.

¿Creéis en Jesucristo, su Hijo único, nuestro Señor, que nació de Santa María Virgen, murió, fue sepultado, resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre?
SÍ, CREO.

¿Creéis en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida eterna?
SÍ, CREO.

Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos regeneró por el agua y el Espíritu Santo, nos guarde en su gracia, en Jesucristo nuestro Señor, para la vida eterna.

Amén.

Todos se sientan

HOMILÍA DEL PRESIDENTE

Oraciones universales

Presidente: Queridos hermanos, dirijamos nuestras intenciones de oración al Señor, seguros de su infinita misericordia al habernos llamado a seguirlo.

Lector: Oremos juntos diciendo: **Escucha, Maestro, nuestra oración.**

1. Por toda la Iglesia, en la que aún hoy resuena la voz del Señor que llama a seguirlo, para que, gracias a la acción del Espíritu Santo, pueda manifestar la primera y verdadera vocación de todos los hombres: ser hijos amados del Padre. Oremos.
2. Por el Papa, los obispos y los sacerdotes, para que sepan ser pastores generosos, capaces de dar la vida por el anuncio gozoso de Cristo, modelo a imitar. Oremos.

3. Por todas las personas consagradas, para que la gracia divina las haga capaces de vivir plenamente su vocación y saber atraer a otros a vivir el mismo secreto de alegría. Oremos.
4. Por los misioneros, para que, sostenidos por nuestra oración, encuentren siempre la fuerza y la valentía de llevar la Buena Nueva a todas las partes del mundo, especialmente a las periferias de la existencia humana. Oremos.
5. Por los matrimonios, para que, siendo familia, encuentren la plenitud de su vocación a la felicidad y sean terreno fértil en el que nazcan y crezcan todas las vocaciones eclesiales. Oremos.
6. Por todos los jóvenes, para que puedan conocer su vocación a través de educadores y guías que les ayuden a descubrir recursos y valores para dar su propia vida con alegría y confianza. Oremos.
7. Por todos nosotros, que nos preparamos para vivir el jubileo, para que seamos peregrinos de esperanza por los caminos del mundo, unidos a la cruz de Cristo y unidos en el amor fraterno. Oremos.

Presidente: Cristo Jesús, luz nuestra, mantén firme en nosotros la fe y ayúdanos en nuestro camino diario. Escucha con cuánta humildad brota la oración desde el corazón de tu Iglesia. Recibe nuestro humilde agradecimiento y haz que se cumpla nuestra esperanza. Tú eres Dios y vives y reinas por los siglos de los siglos.

Asamblea: Amén.

Bendición

Dios, de quien toda paternidad toma su nombre,
os conceda ser fortalecidos con potencia en el hombre interior
según la riqueza de su gloria.

Amén.

Os conceda caminar con espíritu generoso,
junto con los que os confía como ovejas de su rebaño,
por el camino de sus preceptos,
en la alegría de Cristo nuestro Señor.

Amén.

Que con la fuerza del Espíritu Santo,
podáis dar siempre y en todas partes
razón de la esperanza que hay en vosotros,
alcanzando por su gracia la vida sin fin.

Amén.

Y sobre todos vosotros, aquí presentes, descienda
la bendición de Dios todopoderoso,
Padre ✠ Hijo ✠ y Espíritu ✠ Santo.

Amén.

Glorificad al Señor con vuestra vida. Podéis ir en paz.

Demos gracias a Dios.

Canto final

La prueba



Canto

Introducción

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
Amén.

El Señor, que guía nuestros corazones
al amor y la paciencia de Cristo, esté con todos vosotros.
Y con tu espíritu.

Abramos nuestro corazón a la esperanza que no defrauda.

**Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de *caridad*
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada *esperanza*
en la venida de tu Reino.
Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.
La gracia del Jubileo
reavive en nosotros, *Peregrinos de Esperanza*,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz de nuestro Redentor.
A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.
Amén**

Queridos hermanos:

Caminando también nosotros como peregrinos de esperanza hacia el próximo jubileo, queremos seguir las huellas de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Como ellos, aun respondiendo generosamente con nuestra fe a la llamada divina, custodiamos este don en pobres vasijas de barro (cfr. 2Cor 4,7) y llevamos el peso de nuestra fragilidad, especialmente en la hora de la tentación y de la prueba. Por eso, con corazón contrito, pidamos perdón por nuestros pecados.

Breve pausa de silencio

Canon de Taize (u otro estribillo):

Misericordias Domini, in aeternum cantabo

1er Lector: Te pedimos perdón por las veces que no hemos fortalecido nuestra voluntad y hemos descuidado nuestras responsabilidades. R:

2o Lector: Te pedimos perdón por todas las veces que no hemos sabido actuar con verdadera humildad y servir con caridad. R:

1er Lector: Te pedimos perdón por la indiferencia con la que hemos mirado a los necesitados, preocupándonos de nosotros mismos. R:

2o Lector: Te pedimos perdón por no haber sabido respetar y hacer respetar el ambiente en el que vivimos. R:

1er Lector: Te pedimos perdón por los momentos de prepotencia, fruto de nuestro orgullo, en los que hemos transformando la autoridad del ministro en autoridad de poder. R:

2o Lector: Te pedimos perdón por todas las veces que no hemos tenido el valor de dar testimonio de Ti, incluso a costa de la impopularidad. R:

1er Lector: Te pedimos perdón por los obstáculos que hemos puesto al diálogo y al encuentro con nuevos hermanos y hermanas, dejando de buscar la unidad a toda costa. R:

- 2o Lector:** Te pedimos perdón por cada vez que no hemos sufrido por la verdad y hemos hablado con actitud de juicio o crítica como un fin en sí mismo. R:
- 1er Lector:** Te pedimos perdón por todas las veces que no hemos confiado en nuestros guías, con amor filial y obediencia corresponsable. R:
- 2o Lector:** Te pedimos perdón por todas las veces que, con falta de fe, hemos pretendido recibir gratificaciones o reconocimientos por nuestro compromiso. R:
- 1er Lector:** Te pedimos perdón por nuestra débil esperanza, cuando cede fácilmente ante las dificultades. R:
- 2o Lector:** Te pedimos perdón por todas las veces que no hemos vivido sobriamente con espíritu de pobreza evangélica, buscando ante todo el Reino y su justicia. R:
- 1er Lector:** Te pedimos perdón por las veces en que nuestra vida célibe no se ha convertido en un lugar para ejercer la paternidad. R:
- 2o Lector:** Te pedimos perdón por todas las veces que no hemos sido gratos por el don de la vida y del ministerio, acogiendo todo como una oportunidad de Gracia. R:

Colecta

Oremos.

Oh Dios, que enseñas a los ministros de tu Iglesia a no ser servidos sino a servir a los hermanos, concédeles ser incansables en la acción, mansos en el servicio y perseverantes en la oración. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que es Dios, y vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

Amén.

Lectura de la Carta de San Pablo apóstol a los Efesios 2,1-10

También vosotros un tiempo estabais muertos por vuestras culpas y pecados, cuando seguiais el proceder de este mundo, según el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora actúa en los rebeldes contra Dios. Como ellos, también nosotros vivíamos en

el pasado siguiendo las tendencias de la carne, obedeciendo los impulsos del instinto y de la imaginación; y, por naturaleza, estábamos destinados a la ira, como los demás. Pero Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo: estáis salvados por pura gracia; nos ha resucitado con Cristo Jesús, nos ha sentado en el cielo con él, para revelar en los tiempos venideros la inmensa riqueza de su gracia, mediante su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros: es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir. Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que de antemano dispuso él que practicásemos.

Palabra de Dios.

Te alabamos, Señor.

SALMO RESPONSORIAL *Salmo 89 (90)*

R: El Señor es fiel por siempre.

Señor, tú has sido nuestro refugio
de generación en generación.

Tú reduces el hombre a polvo,
diciendo: «Retornad, hijos de Adán». **R:**

Mil años en tu presencia
son un ayer que pasó;
una vela nocturna. **R:**

Si tú los retiras son como un sueño,
como hierba que se renueva:
que florece y se renueva por la mañana,
y por la tarde la siegan y se seca.
Enséñanos a calcular nuestros años,
para que adquiramos un corazón sensato. **R:**

Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo?
Ten compasión de tus siervos;
por la mañana sácianos de tu misericordia,
y toda nuestra vida será alegría y júbilo. **R:**

Baje a nosotros la bondad del Señor
y haga prósperas las obras de nuestras manos.
Sí, haga prósperas las obras de nuestras manos. **R:**

Aclamación antes de la lectura del Evangelio

Aleluya, aleluya.

Velad, pues,
porque no sabéis el día ni la hora
en que el Hijo del Hombre ha de venir.

Aleluya.

Lectura del Evangelio según San Lucas 12, 32-48

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino. Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos bolsas que no se estropeen, y un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. Tened ceñida vuestra cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los hombres que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame.

Bienaventurados aquellos criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela; en verdad os digo que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y, acercándose, les irá sirviendo. Y, si llega a la segunda vigilia o a la tercera y los encuentra así, bienaventurados ellos. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, velaría y no le dejaría abrir un boquete en casa. Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre». Pedro le dijo: «Señor, ¿dices esta parábola por nosotros o por todos?». Y el Señor dijo: «¿Quién es el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de su servidumbre para que reparta la ración de alimento a sus horas? Bienaventurado aquel criado a quien su señor, al llegar, lo encuentre portándose así. En verdad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes. Pero si aquel criado dijere para sus adentros: “Mi señor tarda en llegar”, y empieza a pegarles a los criados y criadas, a comer y beber y emborracharse, vendrá el señor de ese criado el día que no espera y a la hora que no sabe y lo castigará con rigor, y le hará compartir la suerte de los que no son fieles. El criado que, conociendo la voluntad de su señor, no se prepara ni obra de acuerdo con su voluntad, recibirá muchos azotes; pero el que, sin conocerla, ha hecho algo digno de

azotes, recibirá menos. Al que mucho se le dio, mucho se le reclamará; al que mucho se le confió, más aún se le pedirá».

Palabra del Señor.

Gloria a ti, Señor Jesús.

Silencio de meditación

Oración coral:

Lector: Dios todopoderoso y eterno,
por los méritos de tu Hijo y por tu amor hacia Él,
ten piedad de los sacerdotes de la santa Iglesia.
A pesar de esta sublime dignidad, son débiles como los demás.
Por tu infinita misericordia, haz que ardan
sus corazones con el fuego de tu Amor.
Socórrelos: no permitas que los sacerdotes
pierdan su vocación o la disminuyan.

Todos: **Oh Jesús, te suplicamos:**
Ten piedad de los sacerdotes de tu Iglesia.
De los que te sirven fielmente,
que guían tu rebaño y te glorifican.
Ten piedad de los perseguidos,
los encarcelados, los abandonados,
los doblegados por los sufrimientos.
Ten piedad de los sacerdotes tibios
y de los que vacilan en la fe.
Ten piedad de los sacerdotes secularizados,
ten piedad de los sacerdotes enfermos y moribundos,
ten piedad de los que están en el purgatorio.

Lector: Señor Jesús, te suplicamos:
Escucha nuestras oraciones,
ten piedad de los sacerdotes: ¡son tuyos!
Ilumínalos, fortalécelos y consuélalos.
Oh Jesús, te encomendamos a los sacerdotes de todo el mundo,
pero sobre todo a los que nos han bautizado y nos han absuelto,

a los que han ofrecido el Santo sacrificio por nosotros
y han consagrado la Hostia Santa
para nutrir nuestra alma.

Todos: **Te encomendamos a los sacerdotes
que han disipado nuestras dudas,
que han orientado nuestros pasos,
que han guiado nuestros esfuerzos,
que han consolado nuestras penas.
Para todos ellos, en señal de gratitud,
imploramos tu ayuda y tu misericordia.
Amén**

(Mons. Kiung, obispo de Shangái, Oración escrita durante su encarcelamiento)

Tomado del discurso de San Juan XXIII a los sacerdotes y prelados el 12 de marzo de 1959

El sacerdote es ante todo y sobre todo un hombre de Dios, «*vir Dei*». Así os piensa y juzga el pueblo cristiano, así os quiere el Señor. Por tanto, tratad de conformar vuestra vida a esos pensamientos puros que tal definición por sí misma suscita en vuestro corazón. Al decir hombre de Dios, se excluye del sacerdote todo lo que no es Dios. Verdadero sacerdote es aquel que, como Abrahán, eligió ser «*parer multarum gentium*», abandonó todo para siempre para seguir la voz divina. De hecho, le fue dicho: «*Egredere de terra tua, de cognatione tua, et de domo patris tui et veni in terram, quam monstrabo tibi*». Para el verdadero sacerdote, en esta tierra prometida se levanta la cruz. No busca nada más que a Cristo, «*et hunc crucifixum*». De hecho, Dios eterno e invisible se revela en Jesús; y el sacerdote debe tener sus ojos entrenados en descubrir el «*Mediator Dei et hominem*», que indica el Padre. «*Tanto tempore vobiscum sum et non cognovistis me?... Qui videt me, videt et Patrem*».

Que vuestra vida, entonces, esté impregnada del buen perfume de Cristo, del amor ardiente a Aquel que nos guía al Padre. Ésta es la verdadera base de una vida sacerdotal llena de íntima paz y de encanto irresistible para las almas. Por tanto, os digo: «*Amor Christi et amor silentii*». Que Jesucristo sea vuestro único amigo y consolador, en las vigiliass ante el Tabernáculo, o en la mesa de estudio, en el cuidado de los pobres y los enfermos, en el ministerio de la sagrada predicación. Buscad sólo a Él, considerando las cosas humanas en Su luz, para conquistarlas para Él. Tomad sobre vosotros su yugo suave y su peso

ligero, practicando las virtudes propias de toda vida consagrada: dedicación al Señor y a las almas, trabajo insomne por la Iglesia, ejercicio de las catorce obras de misericordia, obediencia pronta y sincera al Obispo, respeto lleno de ternura viril por las cosas santas. Jesús no se encuentra en la vida disipada, incluso si se invocaran las razones más sacrosantas del ministerio. Por eso también os he dicho: «*Amor silentii*». El silencio es custodia segura de todas las virtudes, especialmente de la castidad y la caridad; es garantía de un trabajo pastoral eficaz. (...) Os recomiendo otro gran amor, que debe transfigurar vuestra vida: el amor de las almas. Sé bien que este es vuestro ideal, pero no creáis que mi advertencia sea superflua. Está dictada por una consideración que entristece a los pastores de almas: ¿por qué, después de tantos esfuerzos y sacrificios, después de innumerables siembras, el fruto que se recoge a menudo es tan escaso? ¿Por qué, a pesar de utilizar todos los medios del apostolado, no resucitan los muertos hijos de la Iglesia, así como tras la acción del siervo del profeta Eliseo, de la cual habla la liturgia cuaresmal de hoy, el niño quedó inerte? (...) A veces los milagros espirituales no suceden, porque la intención no siempre es pura; tal vez porque no se busca siempre y sólo el bien de las almas, sacrificándonos nosotros mismos por ellas; tal vez porque se confía demasiado en medios similares a los humanos, y por tanto frágiles, sin basarse en la oración y el sacrificio total. El verdadero amor a las almas implicará, entonces, un trabajo constante en la propia santificación. (...) ¿Qué prueba más convincente de que no son los recursos humanos los que conquistan las almas, sino sólo la virtud de Dios, que obra a través de sus dóciles instrumentos?

Silencio de meditación

Oración coral:

DIOS, PADRE de toda criatura,
de Ti hemos recibido
el don extraordinario de la vida:
haznos generosos en nuestra respuesta
a tu llamada para compartir
con nuestros hermanos los “panes” que hemos recibido.

CRISTO JESÚS, hermano nuestro,
que te has hecho pan de vida para nosotros,
renueva el prodigio de la multiplicación de los panes
y haz de nuestra existencia
un don y un agradecimiento perenne.

ESPÍRITU SANTO,
fiel amigo en nuestro camino,
sostennos con la fuerza de tu amor
para anunciar y testimoniar,
por los caminos del mundo,
la belleza de la vida como vocación.

SANTÍSIMA TRINIDAD,
Amor eterno e infinito,
ayuda a nuestras comunidades
a acoger el Evangelio de la Vocación,
a orar y alegrarse por la presencia de jóvenes
orientados al ministerio ordenado y a la vida consagrada.
Amén

(Oración por las Vocaciones de la XLVIII JMOV 2011)

Canto

De la vida de San Juan XXIII

Unos días antes, ya en agonía, respondiendo a muchos que le preguntaban por el secreto de su sacerdocio, el Papa Juan XXIII dijo: «El secreto de mi sacerdocio está en el crucifijo que veis ante mí, frente a mi cama. Él me mira y yo le hablo». Luego agregó: «Tuve la gracia suprema de nacer en una familia cristiana humilde y pobre, pero temerosa de Dios, y de ser llamado al sacerdocio. Desde niño no he pensado en otra cosa, no he querido nada más. Mis días en la tierra se acaban, pero Cristo vive, la Iglesia continúa. ¿Y qué otra palabra es más adecuada, entonces, que exhortaros a no apartar nunca vuestra mirada de la Cruz de Jesús...? ¡Miradla, hijos amados, en vuestros sufrimientos!». Millares de ojos miraban la habitación del tercer piso del Palacio Apostólico, donde Juan XXIII estaba a punto de despedirse, mientras sus ojos, allá arriba, miraban fijamente el Crucifijo: «Este lecho es un altar; el altar exige una víctima: ¡heme aquí! Ofrezco mi vida por la Iglesia, por la continuación del Concilio Ecuménico, por la paz del mundo y por la unidad de los cristianos. El secreto de mi sacerdocio está en el crucifijo que quise colocar frente a mi cama, Él me mira y yo le hablo... Esos brazos extendidos dicen que murió por todos; nadie es rechazado por su amor, por su perdón...». Son palabras de aquel hombre que, incluso en sus últimas horas, mantuvo la costumbre de conversar

con Jesús, novissima verba de un sacerdote, obispo, Pontífice, que vivió siempre en la atractiva presencia de Dios, que amaba a su familia secundum sanguinem, pero tenía plena conciencia de pertenecer a una sola familia tan grande como el mundo.

Silencio de meditación

Signo

Adoración de la cruz como acto penitencial (similar al Viernes Santo)

Junto con dos ministros con velas encendidas, un sacerdote o un diácono lleva la Cruz a la entrada del presbiterio y la coloca allí, o se la entrega a los ministros para que, colocando las velas a la derecha y a la izquierda de la Cruz, la sostengan. Luego, se avanza en procesión haciendo un gesto de reverencia ante la Cruz con una simple inclinación de la cabeza, y se besa la Cruz. Durante la adoración se pueden cantar cantos penitenciales apropiados. Todos los que han hecho la adoración se sientan.

HOMILÍA DEL PRESIDENTE

Después de un adecuado momento de silencio, todos se ponen de pie

Oración coral:

Dios mío, no te olvides de mí,
cuando yo me olvido de Ti.

No me abandones, Señor,
cuando yo te abandono.

No te alejes de mí,
cuando yo me alejo de Ti.

Llámame si huyo de ti,
atráeme si me resisto, levántame si caigo.

Dame, Señor, Dios mío,
un corazón vigilante
que ningún pensamiento vano
aleje de Ti.

Dame, Señor, un corazón recto
que ninguna intención perversa puede desviar.

Dame, Señor, un corazón firme
que resista con valentía toda adversidad.
Dame, Señor, un corazón libre
que ninguna pasión turbia pueda vencer.

Concédeme, te ruego,
una voluntad que te busque,
una sabiduría que te encuentre,
una vida que te guste,
una perseverancia que te espere con confianza
y una confianza que al final llegue a poseerte.
Amén

(Santo Tomás de Aquino)

Bendición

Descienda tu bendición, oh Padre,
sobre estos hijos tuyos, peregrinos de esperanza,
y la gracia de tu Santo Espíritu encienda sus corazones
para que, purificados con las obras de penitencia,
se transformen en un sacrificio agradable para Ti
y, en la alegría de una nueva vida,
sean imagen de Cristo, tu Hijo,
para alabanza de tu gloria.
Amén.

Y sobre todos vosotros, aquí presentes, descienda
la bendición de Dios todopoderoso,
Padre ✠ Hijo ✠ y Espíritu ✠ Santo.
Amén.

Sed anunciadores de la misericordia, operadores de justicia y
levadura de fraternidad. Podéis ir en paz.
Demos gracias a Dios.

Canto final

El testimonio



Canto

Introducción

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Amén.

La paz, la caridad y la fe, de parte de Dios Padre, y de Jesucristo, el Señor, estén con todos vosotros.

Y con tu espíritu.

Abramos nuestro corazón a la esperanza que no defrauda.

**Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de caridad
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada esperanza
en la venida de tu Reino.
Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.
La gracia del Jubileo
reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz de nuestro Redentor.
A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.
Amén**

Queridos hermanos:

Caminando también nosotros como peregrinos de esperanza hacia el próximo jubileo, queremos seguir las huellas de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

En fraternidad sacerdotal, pidamos juntos perdón al Señor, para que tenga misericordia de nosotros y nos conceda fuerza renovada para estar “siempre dispuestos a dar razón de la esperanza que hay en nosotros” (cfr. 1P 3,8-17).

Breve pausa de silencio

Señor, que con el agua y el Espíritu nos has regenerado a tu imagen, **Kýrie, eléison.**

Kýrie, eléison.

Cristo, que con tu Espíritu creas en nosotros un corazón nuevo, **Christe, eléison.**

Christe, eléison.

Señor, que por el Espíritu Santo nos reúnes en un solo cuerpo, **Kýrie, eléison.**

Kýrie, eléison.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Amén.

Colecta

Oremos.

Padre clementísimo, en tu piedad, escucha nuestra oración e ilumina nuestros corazones con la gracia del Espíritu Santo, para que podamos celebrar dignamente tus misterios, servir fielmente a tu Iglesia y amarte eternamente. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que es Dios, y vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

Amén.

Lectura de la Carta del apóstol San Pablo a los Gálatas 1,11-20

Os hago saber, hermanos, que el Evangelio anunciado por mí no es de origen humano; pues yo no lo he recibido ni aprendido de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo. Porque habéis oído hablar de mi pasada conducta en el judaísmo: con qué

saña perseguía a la Iglesia de Dios y la asolaba, y aventajaba en el judaísmo a muchos de mi edad y de mi raza como defensor muy celoso de las tradiciones de mis antepasados. Pero, cuando aquel que me escogió desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, se dignó revelar a su Hijo en mí para que lo anunciara entre los gentiles, no consulté con hombres ni subí a Jerusalén a ver a los apóstoles anteriores a mí, sino que, enseguida, me fui a Arabia, y volví a Damasco.

Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para conocer a Cefas, y permanecí quince días con él. De los otros apóstoles no vi a ninguno, sino a Santiago, el hermano del Señor. Dios es testigo de que no miento en lo que os escribo.

Palabra de Dios.

Te alabamos, Señor.

SALMO RESPONSORIAL *Salmo 36 (37)*

R: La boca del justo expone la sabiduría.

Confía en el Señor y haz el bien
habitarás tu tierra y reposarás en ella en fidelidad;
sea el Señor tu delicia,
y él te dará lo que pide tu corazón. **R:**

Encomienda tu camino al Señor,
confía en él, y él actuará:
hará tu justicia como el amanecer,
tu derecho como el mediodía. **R:**

La boca del justo expone la sabiduría
su lengua explica el derecho;
porque lleva en el corazón la ley de su Dios,
y sus pasos no vacilan. **R:**

Lectura de la segunda Carta del apóstol San Pedro1,16-19

No nos fundábamos en fábulas fantasiosas cuando os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino en que habíamos sido testigos oculares de su grandeza. Porque él recibió de Dios Padre honor y gloria cuando desde la sublime

Gloria se le transmitió aquella voz: «Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido». Y esta misma voz, transmitida desde el cielo, es la que nosotros oímos estando con él en la montaña sagrada. Así tenemos más confirmada la palabra profética y hacéis muy bien en prestarle atención como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro hasta que despunte el día y el lucero amanezca en vuestros corazones.

Palabra de Dios.

Te alabamos, Señor.

Canto antes de la lectura del Evangelio.....Jn 15, 9b.5b

Aleluya, aleluya.

Permaneced en mi amor, dice el Señor,
el que permanece en mí y yo en él, da fruto abundante.

Aleluya.

Lectura del Evangelio según San Juan 21,15-19

Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis corderos». Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Él le dice: «Pastorea mis ovejas». Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras». Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme».

Palabra del Señor.

Gloria a tí, Señor Jesús.

Silencio de meditación.

Oración coral:

Espíritu del Señor,

don del Resucitado a los apóstoles del cenáculo,
llena de pasión la vida de tus sacerdotes.
Llena su soledad de amistades discretas.
Hazlos enamorados de la tierra
y capaces de compadecerse
de todas sus debilidades.
Consuélalos con la gratitud de la gente
y con el óleo de la comunión fraterna.
Conforta su cansancio,
para que no encuentren un apoyo más dulce
para su descanso
que en el hombro del Maestro.
Líbralos del miedo a no poder más.
Que sus ojos transmitan invitaciones
a transparencias sobrehumanas.
Que sus corazones emanen
audacia mezclada con ternura.
Que de sus manos fluya el crisma
sobre todo lo que acarician.
Haz que sus cuerpos resplandezcan de alegría.
Vístelos con trajes nupciales.
Y cíñelos con cinturones de luz.
Porque, para ellos y para todos,
el esposo no tardará.
Amén

(Mons. Tonino Bello)

Canto

Tomado de una audiencia general del miércoles del Papa Francisco (5 de abril de 2017)

Comprendemos entonces que de esta esperanza no se debe tanto dar razón a nivel teórico, de palabra, sino sobre todo con el testimonio de la vida, y que esto sea tanto dentro de la comunidad cristiana, como fuera de ella. Si Cristo está vivo y vive en nosotros, en nuestro corazón, entonces debemos dejar también que se haga visible, no

esconderlo, y que actúe en nosotros. Esto significa que el Señor Jesús debe convertirse siempre cada vez más en nuestro modelo: modelo de vida y que nosotros debemos aprender a comportarnos como Él se ha comportado. Hacer lo que hacía Jesús. La esperanza que habita en nosotros, entonces, no puede permanecer escondida dentro de nosotros, en nuestro corazón: pues, sería una esperanza débil, que no tiene el valor de salir fuera y hacerse ver; sino nuestra esperanza, como se observa en el Salmo 33 citado por Pedro, debe necesariamente salir fuera, tomando la forma exquisita e inconfundible de la dulzura, del respeto, de la benevolencia hacia el prójimo, llegando incluso a perdonar a quien nos hace daño. Una persona que no tiene esperanza no consigue perdonar, no consigue dar la consolación del perdón y *tener* la consolación de perdonar. Sí, porque así ha hecho Jesús, y así continúa haciendo a través de quienes le dejan espacio en su corazón y en su vida, con la conciencia de que el mal no se vence con el mal, sino con la humildad, la misericordia y la docilidad.

(...) cuando sufrimos por el bien, estamos en comunión con el Señor, el cual ha aceptado padecer y ser puesto en la cruz por nuestra salvación. Cuando entonces también nosotros, en las situaciones más pequeñas o más grandes de nuestra vida, aceptamos sufrir por el bien, es como si esparciésemos entorno a nosotros semillas de resurrección, semillas de vida e hiciésemos resplandecer en la oscuridad la luz de la Pascua. Es el anuncio del amor de Dios, un amor desmesurado, que no se agota, que no desaparece y que constituye el verdadero fundamento de nuestra esperanza.

Oración coral:

Espíritu Santo,
 fuego ardiente de luz y calor,
 danos la pasión
 de una profunda intimidad con el Señor,
 para permanecer en su amor.
 Así como los discípulos de Jesús
 se intercambiaron el anuncio alegre
 y asombrado del encuentro con Él,
 danos a cada uno de nosotros
 la transparencia del corazón
 para contar, con gratitud y asombro,
 lo que de Él hemos conocido,
 vivido y amado.

Haz que nuestro humilde testimonio,
marcado por la elección de la cruz
y acogido con la esperanza de la alegría pascual,
sea un signo de fecundidad y una ocasión preciosa
para que todos puedan reflexionar
sobre su propia vocación
con sencillez, confianza y plena disponibilidad.
Virgen María, Madre de la Iglesia,
custodia con ternura
cada pequeño brote de vocación;
que se convierta en un árbol frondoso,
lleno de frutos para el bien de la Iglesia
y de toda la humanidad.
Amén

(Oración por las Vocaciones de la XLVII JMOV 2010)

Canto

El Cura de Ars como modelo sacerdotal, en un discurso del arzobispo de Milán Giovanni Battista Montini

Hablar de un Santo siempre es difícil, si no se quiere hacer simplemente una narración histórica, lo cual es relativamente fácil y, en nuestro caso, también sería bastante sencillo. La vida de Juan María Vianney no presenta grandes cuadros, ni grandes dramas: transcurrió con una uniformidad en el período que nos interesa, de principio a fin, muy igual y muy simple. Pero la mayor dificultad, me parece, reside en que este Santo se nos propone en un doble aspecto: como nuestro protector, de nosotros los sacerdotes, y como modelo, es decir, que debemos ser capaces de imitarlo. Y si lo aceptamos de buena gana como protector y nos sentimos reconfortados por una figura tan dulce, tan apacible, tan humilde, tan atenta, tan comprensiva como lo fue ésta del siglo pasado, tenerlo como nuestro protector, tenerlo como nuestro intérprete ante el Señor de nuestras necesidades, de nuestros esfuerzos, de nuestras aspiraciones, cuando, en cambio, se trata de decir: tengo que conformarme a él, debería ser capaz de asimilarme a esta figura, las cosas se vuelven muy difíciles, lo digo al menos para mí. El tema es mucho más accesible para esta sencilla conversación nuestra. Y el esfuer-

zo, o más bien, el intento de acercarnos a él, nos impone ante todo un problema: el de examinar si nuestra conciencia sacerdotal es similar a la que el Cura de Ars tuvo de su propia vida y de su dignidad sacerdotal. ¿Tenemos el mismo pensamiento? ¿Pensamos de la misma manera? Debemos tener un concepto de nosotros mismos. ¿Qué concepto tenía de sí mismo el Cura de Ars? ¿Y cuál es el nuestro? ¿Se diferencian? ¿Coinciden? ¿Se buscan?

Yo diría que afortunadamente se buscan y en parte también coinciden. Y es una de las cosas más hermosas que podemos notar de la vida eclesial de nuestro tiempo; este modelo ya ha trabajado en la Iglesia de Dios, ya ha tenido al menos una reproducción tendencial que merece que la aceptemos y la notemos con consuelo y aliento. Pero el hecho es que debemos acortar distancias desde este punto de vista y tratar de hacer nuestra, en la medida de lo posible, la consideración que el Cura de Ars tenía de sí mismo. Si partimos de aquí conseguiremos algo más. Y, desde este punto de vista, vemos dos puntos muy, muy obvios: el primero, que no es original de San Juan María Vianney, sino diría que es de todos los Santos, los verdaderos Santos, y es su humildad extraordinaria. Los Santos son devorados por este sentido de su nada, este sentido de desproporción entre el Dios y el Cristo que adoran y sirven y lo que ellos mismos son. Esta distancia abismal fue notada por primera vez por la más santa de las criaturas, la Virgen. En el canto del *Magnificat*, precisamente mientras celebra la grandeza de Dios, en Dios y en sí, dice: *fecit mihi magna qui potens est*, el Señor ha hecho grandes cosas en mí porque miró la humildad, la bajeza, la inanidad de su sierva.

Y así, San Juan María Vianney poseía una humildad recurrente e incansable. A veces, nosotros nos sentimos casi perturbados por estas profesiones, que nos parecen exageradas, de nulidad de los Santos; pero hay que entenderlas, no son simulaciones, no son profesiones gratuitas, no son defensas formales contra los elogios que la gente hace a quienes se muestran virtuosos y se convierten en maestros de los demás. Los Santos realmente tienen este sentimiento de vacío propio y lo viven, lo declaman, lo profesan, y lógicamente también aceptan las consecuencias si alguien los desprecia; si alguien los toma en serio, parece que realmente les agradezcan, porque es precisamente así. Leo una o dos frases que pueden documentar, por superfluo que sea, este modo de ver y de sentir del Santo sobre sí mismo. Cuando, hacia el final de su vida, le asignaron un Sacerdote para que lo ayudara, un coadjutor, él le decía: “¡Oh! Cuando usted está presente, aquí todavía se hacen cosas, pero cuando estoy solo, ¡oh!, no valgo nada. Soy como los ceros que no tienen valor si no están junto a otros números”.

Y luego, con una frase que me parece espléndida también desde el punto de vista

literario, exclamó una vez: “¡Oh! No he vivido ni un día todavía”.

Sentía tanta miseria en su propia vida que decía que ningún día era como debería haber sido. Y cuando le tributaban algún gesto de consideración, de honor, ironizaba sobre los gestos de honor que recibía y seguía diciéndose: “Realmente hay que decir que soy un hipócrita porque me manifiesto de alguna manera que engaña a los demás”.

En la conciencia de este sacerdote existía el sentimiento angustioso, pero atrozmente verdadero, de una pobreza radical, de una nulidad radical. Y al mismo tiempo, con esta terrible humildad, casi como si saltara desde lo más profundo de este abismo, logró excavar en su interior un sentido superlativo de su propia dignidad. Hay que escuchar a este Santo, como a muchos otros, pero aquí encontramos en la sencillez misma de las expresiones una veracidad que nos persuade, nos confunde y nos conmueve, el sentido inmenso de la dignidad sacerdotal.

Vosotros sabéis que toda la literatura contemporánea juega con estos dos elementos, la humildad del sacerdote y el sentido de su dignidad y de su autoridad, haciendo protagonista de muchas historias románticas al pobre hombre que contiene en sí algo inmensamente grande, inmensamente digno. (...) según nos enseña el Cura de Ars con esta doble psicología suya, debemos corregir nuestra mentalidad y tratar de hacer que sea como la quiere Cristo, porque la del Santo no es diferente de la que Cristo predicó, y dijo que nuestra dignidad es inmensa, que nuestro derecho es indiscutible, pero ¿qué es todo esto? ¿Por qué somos Sacerdotes? Somos Sacerdotes para servir; nuestra dedicación es funcional: *qui praecessor est, sit sicut ministrator*; quien precede debe ser el último, quien precede debe ser útil a los demás. Estamos en función de los demás, no en función de nosotros mismos y si realmente queremos reproducir en nosotros la idea que Cristo hizo del sacerdote y que el Cura de Ars nos reproduce y nos hace familiar y accesible, debemos insistir mucho en este punto. Y veremos, queridos hermanos, cómo somos candidatos a cosas tremendas, precisamente porque tenemos esta excelsa dignidad. Tenemos la dignidad de ser, sí, redentores del mundo, pero la redención se logra con la cruz. Debemos redimir a los demás con nuestro sufrimiento, como Cristo que no tenía ningún pecado, dice San Pablo, y se hizo pecado, es decir, absorbió en Sí mismo toda la iniquidad humana para expiarla y cancelarla, y esto le costó la cruz. Si somos Sacerdotes, es decir, cabezas, guías, ejemplos para los demás, debemos cargar sobre nuestros hombros este tremendo *pondus* de la expiación de los demás. “¡Oh!, si hubiera sabido - exclamó una vez - lo que significa ser sacerdote, tal vez habría sentido temor de recibir esta gracia del Señor”. Sentía la responsabilidad como pocos. Se sentía encargado de expiar los pecados de los demás. Hacía peniten-

cia en el lugar de sus penitentes. Se sentía aplastado por los pecados del mundo que lo rodeaba y sentía que debía convertirse en víctima de esta situación.

El Sacerdote está en el centro de este choque entre el bien y el mal, entre la gracia y el pecado, entre el demonio y Dios. Y este choque, lo sabemos bien, es el sacrificio, es la cruz. Ésta era la conciencia sacerdotal del Santo Cura de Ars y debemos intentar hacerla nuestra.

El 18 de noviembre de 1959, año del centenario de la muerte de san Juan María Vianney, el arzobispo de Milán pronunció un discurso sobre la figura y la obra del Cura de Ars. Lo publicamos según la edición crítica de Discorsi e scritti milanesi (1954-1963) (Brescia, Istituto Paolo VI, 1997, págs. 3153-3169). El texto ahora ha sido oportunamente incluido en el volumen editado por Leonardo Sapienza Stile sacerdotale. Sulle orme di San Giovanni Maria Vianney Curato d'Ars (Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 2009).

Breve silencio de meditación

Presidente: Si es cierto que “a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común” (1 Cor 12,7), lo es de manera especial para el sacerdote. San Pablo lo recordaba a los cristianos de Corinto en estos términos: “Nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros” (2 Cor 5,20). Pero lamentablemente también nosotros custodiamos este gran tesoro “en vasijas de barro” (2 Cor 4,7). Por tanto, sentimos una fuerte necesidad de ser sostenidos por los fieles a quienes estamos llamados a guiar en el camino de la salvación. Oremos por nosotros y por todos los ministros de la Iglesia:

Asamblea: Gracias, Señor,
por habernos dado un hombre, no un ángel,
como pastor de nuestras almas;
ilumínalo con tu luz,
asístelo con tu gracia,
apóyalo con tu fuerza.
Haz que el fracaso no lo desanime

y el éxito no lo haga soberbio.
Haznos dóciles a su voz.
Haz que sea, para nosotros, amigo, maestro, médico.
Dale ideas claras, concretas, posibles;
a él la fuerza para realizarlas,
a nosotros la generosidad en la colaboración.
Haz que nos guíe con amor, con el ejemplo,
con la palabra, con las obras.
Haz que, en él, te veamos,
te amemos y te estimemos.
Que no se pierda ninguna
de las almas que le has confiado.
¡Sálvanos junto con Él!
Amén
(San Pablo VI)

BREVE HOMILÍA DEL PRESIDENTE

Exposición Eucarística

Este u otro canto apropiado:

*Adoro Te devote, latens Deitas,
Quae sub his figuris vere latitas:
Tibi se cor meum totum subiicit,
Quia te contemplans totum deficit.*

*Visus, tactus, gustus in te fallitur,
Sed auditu solo tuto creditur.
Credo quidquid dixit Dei Filius:
Nil hoc verbo Veritatis verius.*

*In cruce latebat sola Deitas,
At hic latet simul et humanitas;
Ambo tamen credens atque confitens,
Peto quod petivit latro paenitens.*

*Plagas, sicut Thomas, non intueor;
Deum tamen meum te confiteor.
Fac me tibi semper magis credere,
In te spem habere, te diligere.*

*O memoriale mortis Domini!
Panis vivus, vitam praestans homini!
Praesta meae menti de te vivere
Et te illi semper dulce sapere.*

*Pie pellicane, Iesu Domine,
Me immundum munda tuo sanguine.
Cuius una stilla salvum facere
Totum mundum quit ab omni scelere.*

*Iesu, quem velatum nunc aspicio,
Oro fiat illud quod tam sitio;
Ut te revelata cernens facie,
Visu sim beatus tuae gloriae.
✠ Amen.*

*Después de un adecuado momento de silencio y oración personal,
se procede con la ofrenda del incienso.*

Presidente: Ante el Señor presente en el sacramento de la Eucaristía, culmen y fuente de la vida de la Iglesia y de todo ministerio que en ella se realiza, damos gracias a Dios Padre por habernos elegido y llamado a seguir al Divino Maestro. Pidamos la gracia del Espíritu Santo para que nuestra vida sea un testimonio vivo, que resplandezca ante todos, y se eleve a Dios como un sacrificio de dulce olor.

Cada presbítero se acerca al brasero, colocado ante el altar y ofrece unos granos de incienso, mientras la asamblea entona un canto apropiado

Oraciones universales

Presidente: Queridos hermanos, ante Cristo, el primero entre todos que se ofreció

al Padre como sacrificio de dulce olor, dirijamos nuestras intenciones de oración al Señor, para que nos haga testigos creíbles y autorizados del Evangelio.

Lector: Oremos juntos diciendo: **Haz que nuestro corazón se asemeje al tuyo.**

1. Señor Jesús, Pastor bueno, concede al Papa un corazón atento y generoso para discernir la voz del Espíritu, para que pueda guiar con sabiduría y valentía a tu rebaño hacia los bienes eternos. Nosotros te rogamos:
2. Señor Jesús, puerta de las ovejas, haz de tu Iglesia un verdadero redil en el que todos se sientan acogidos y amados, acompañados y animados, consolados y exhortados a seguir los caminos del Evangelio. Nosotros te rogamos:
3. Señor Jesús, Misericordia del Padre, aumenta el sentido de paternidad en los Obispos, para que sean levadura e instrumentos de fraternidad entre todos los ministros de la Iglesia. Nosotros te rogamos:
4. Señor Jesús, Sacerdote eterno, infunde ardor apostólico en todos los presbíteros, para que puedan ofrecer, con fidelidad y amor, su vida en el altar, junto con tu sacrificio. Nosotros te rogamos:
5. Señor Jesús, Profeta del Reino, ilumina a las familias con la gracia del Espíritu para que, dóciles a su voz, sepan vivir de tu Palabra, convirtiéndose en tierra buena para el crecimiento de nuevas y santas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Nosotros te rogamos:
6. Señor Jesús, Pan partido por la vida del mundo, plásmenos para que, a nuestra vez, podamos ser alimento de amor para los tantos viandantes por los caminos de la historia: juntos seremos peregrinos de esperanza hacia el Reino. Nosotros te rogamos:
7. Señor Jesús, Rey del universo, acoge en la Jerusalén del Cielo a todos nuestros hermanos presbíteros que han dedicado su vida al

testimonio del Evangelio y concédeles el premio prometido a tus siervos fieles. Nosotros te rogamos:

Presidente: Escucha, Señor, nuestra humilde y confiada oración y atiéndela según tu voluntad. No te lo pedimos por nuestros méritos, sino por la riqueza de tu amor. Tú eres Dios y vives y reinas con Dios Padre, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

Asamblea: Amén.

Todos se arrodillan mientras se canta:

*Tantum èrgo Sacramentum venerèmur cernui:
et antiquum documentum novo cedat ritui:
praestet fides supplementum
sensuum defectui.*

*Genitori, Genitoque làus et jubilatio,
salus, honor, virtus quòque sit et benedictio:
procedenti ab utroque compar sit laudatio.
✠ Amen.*

Presidente: Oremos.

Después de una breve pausa de silencio, prosigue:

Oh Padre, que en la muerte y resurrección de tu Hijo has redimido a todos los hombres, custodia en nosotros la obra de tu misericordia, para que en la asidua celebración del misterio pascual recibamos los frutos de nuestra salvación. Por Cristo nuestro Señor.

Asamblea: Amén.

Después de la oración, el sacerdote se pone el velo humeral blanco, toma el ostensorio y hace la señal de la cruz con el Santísimo Sacramento sobre el pueblo, sin decir nada. Antes de la reposición, el pueblo concluye con las siguientes aclamaciones:

Bendito sea Dios.

Bendito sea su Santo Nombre.

Bendito sea Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre.

Bendito sea el Nombre de Jesús.

Bendito sea su Sacratísimo Corazón.

Bendita sea su Preciosísima Sangre.

Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

Bendito sea el Espíritu Santo Consolador.

Bendita sea la Incomparable Madre de Dios, la Santísima Virgen María.

Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.

Bendita sea su gloriosa Asunción.

Bendito sea el Nombre de María, Virgen y Madre.

Bendito sea San José, su casto esposo.

Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos.

Después de la reposición del Santísimo, el Presidente dice:

Ahora que nos acercamos al Jubileo de los sacerdotes, encomendemos nuestro camino y nuestra vida a María Santísima, Madre de la Iglesia y modelo de toda vocación.

*Sub tuum praesidium confugimus,
Sancta Dei Genetrix.
Nostras deprecationes ne despicias
in necessitatibus,
sed a periculis cunctis
libera nos semper,
Virgo gloriosa et benedicta.*

Bajo tu protección buscamos refugio,
Santa Madre de Dios:
no desprecies nuestras suplicas
que estamos en la prueba,
y libranos de todo peligro,
oh Virgen gloriosa
y bendita.

Sed testigos del amor de Cristo en el mundo.

Podéis ir en paz.

Demos gracias a Dios.

Canto final



JUBILEO DE LOS SACERDOTES

25-27 junio 2025



CON PEDRO Y PABLO SIGUIENDO AL MAESTRO

Camino de oración en preparación para el Jubileo



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO

www.iubilaeum2025.va

